

*Retiro **Patris Mei***

La Fragua en la vida cotidiana.



Esquema general:

0. Se comienza en la capilla con la oración que sigue a continuación.

1. **Lectura personal** del material: subrayando y anotando pensamientos en ambiente de silencio.

2. Tiempo personal **reflexión y oración:**

- Preguntas para la reflexión personal por escrito.

3. **Puesta en común** de la reflexión y del tiempo personal de oración.

4. Conclusión con oración final.

La temporalización depende del grupo. Un tiempo sosegado y suficiente puede ser una mañana o una tarde.

0. Oración todos juntos de inicio: *Invocación al Espíritu.*

**Tú, Espíritu de Jesús, me conoces y me sostienes.
En medio de mis días y mis noches,
Tú me vas llevando al conocimiento
del Único Señor.**

**Tú alientas en mí los deseos mejores.
Sabes lo que tengo y lo que necesito.
No hay en mí nada digno que no sea fruto de tu amor.**

**En el camino hasta la verdad plena,
sé Tú mi impulso y mi guía.
Ayúdame a disponerme como la barra de hierro
que se caldea en tu amor, hasta que no sea yo quien viva,
sino que sea Cristo quien viva en mí.**

**Doblega mis convicciones rígidas, calienta mis frías actitudes,
endereza mis proyectos torcidos y haz de mí un discípulo en la
escuela del evangelio.**

**Dame la comunión con mis hermanos y con el mundo entero,
para que en este camino que emprendo
nunca me sienta solo.
Acompáñame siempre, Tú, Espíritu de Jesús,
que me conoces y me sostienes. Amén.**

I. Lectura personal del documento: subrayando y anotando pensamientos en ambiente de silencio.

1.1. IMPLICACIONES PARA HOY.

El mensaje del Patris Mei posee resonancias profundas para todo seglar claretiano que quiere encontrar la raíz de su vida y salir de la superficialidad, buscando un fundamento sobre el que asentar su vida, necesitado de solidez, de acogida incondicional, en búsqueda constante de trascendencia.

El Patris Mei acentúa algunos contenidos esenciales del mensaje cristiano que responden a desafíos del presente.

- Dios ha creado el mundo y a cada persona por amor. Dios es, como nos revela Jesús, el Padre al que podemos llamar Abbá. El ser humano no es, pues, un ente errático, producto del azar, esclavo de los determinismos genéticos o de las manipulaciones culturales, como aparece con frecuencia en una visión superficial de la realidad. El hombre es hijo amado por Dios y, por lo tanto, hermano de todos los hombres. Existe un origen de amor y un fin de amor.
- Dios es, tal como lo vive Claret, el Padre providente que no nos abandona a nuestra suerte sino que cuida de nosotros (cf Lc 12,22-34). Su voluntad es que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf 1 Tim 2,4). Es un Dios

que interviene en la historia haciendo de ella historia de salvación. No se desentiende de la obra de sus manos y, al mismo tiempo, no constituye un rival de la autonomía del hombre, como lo ha interpretado la cultura occidental de los últimos siglos. Dios ha hecho al ser humano vinculado a Él y, simultáneamente, creador.

- Lo que no emerge en la superficialidad de nuestras apreciaciones (porque Dios no es empíricamente verificable) se descubre como Misterio en la profundidad de nuestro corazón. Dios no es Alguien que esté fuera, más allá de toda realidad. Es, más bien, como la raíz o el fundamento de todo cuanto existe. El hombre, pues, para realizarse a sí mismo desde cimientos sólidos, no puede perderse entre las cosas banales sino que debe comprobar que, “estando en las cosas del Padre”, es como se encuentra y se desarrolla. Entramos en relación con Él porque Él nos ama primero, incluso cuando lo ignoramos o lo rechazamos. Su amor es incondicional y por eso puede alentar nuestra madurez siempre amenazada.

De esta experiencia se derivan también algunas exigencias para nuestra vida y misión:

- El misionero seglar, como Claret, se sabe hijo del Padre, vive la experiencia de la filiación y desea cumplir su voluntad. Esto se manifiesta en una espiritualidad profunda que no practica la “fuga mundi”, sino que escruta la presencia de Dios

en las situaciones de los hombres, especialmente de los más necesitados de la Palabra. De aquí arranca nuestra oración misionera. Es la fuente para lograr la unidad de vida que necesitamos a fin de no perdernos en la superficialidad.

- También las comunidades de seglares se sienten llamadas a favorecer unas relaciones cada vez más profundas. Estas implican la aceptación incondicional del hermano/a, la comunicación sincera, y también el ejercicio de la corrección fraterna y ayuda, buscando espacios adecuados para ello. La comunidad es también una fragua donde se caldea el corazón y se prepara para relaciones cada vez más generosas.

1.2. EL VIAJE DE LA SUPERFICIALIDAD A LA PROFUNDIDAD.

La experiencia Patris Mei hunde sus raíces en el terreno de la profundidad. Podemos quedarnos simplemente en lo que aparece, en la superficie de las cosas, o podemos ir al fondo, a las raíces.

- Superficialidad es la actitud de quien confunde lo real con lo que aparece a los sentidos.
- Profundidad es la capacidad de ir a la raíz de las cosas, al fondo.

Si Dios es la raíz de cuanto existe, se comprenderá que es imposible una experiencia del amor de Dios para quien vive superficialmente.

Estamos viviendo en una cultura que promueve la superficialidad. La sociedad de la información se preocupa, sobre todo, de contar lo que pasa, lo que se ve, pero no está demasiado interesada en buscar lo que está detrás de lo que pasa y de lo que se ve. Estamos marcados por esta forma de ver las cosas. Sin una experiencia fuerte de profundidad, la experiencia de Dios corre el riesgo de quedar reducida a su dimensión emocional, a algo sin raíces suficientes como para sostener toda una vida.

Es imprescindible, por tanto, realizar un “viaje” de la superficialidad a la profundidad. Este viaje se realiza a través de dos mediaciones fundamentales: el silencio y la Palabra.

- El silencio es una experiencia esencial en todas las tradiciones religiosas y espirituales. Sin silencio no se puede escuchar la “música callada” del Misterio de Dios. Hoy vivimos en la sociedad del ruido. Convivimos con muchos estímulos. Cuesta descubrir el significado del silencio. Esto exige tres aprendizajes. En primer lugar, el retiro. Necesitamos separarnos de los ruidos externos. El retiro consiste en el desprendimiento de las personas, situaciones y ambientes que impiden a la persona

centrarse. En segundo lugar, el recogimiento. No basta con acallar los ruidos externos. Hay que aprender a silenciar los ruidos internos, a entrar en uno mismo, en las raíces del propio ser; sin esta actividad interior, la simple ausencia de ruidos se convierte en desierto insoportable. Finalmente, el silencio lleva al desbloqueo de los sentidos interiores, a la apertura. El verdadero silencio, al situar al hombre en su centro, le revela su identidad y le permite contemplar a los otros, al mundo y a Dios desde una profunda experiencia de comunión. Cuanto más entramos en nosotros mismos más vinculados nos sentimos a toda la realidad. El silencio auténtico, pues, nunca es aislamiento sino comunión.

- La Palabra de Dios, tal como se nos revela en la Escritura, es la voz que fecunda el silencio. Guardamos silencio para poder escuchar mejor la Palabra que Dios nos dirige a cada uno. La Escritura es como una linterna que ilumina nuestro fondo personal y nos ayuda a descubrir, en primer lugar, las necesidades inconscientes. Pone nombre a todo lo que vivimos: la búsqueda, la belleza, el pecado, los deseos, los sueños. Pero, al mismo tiempo, la Palabra alimenta nuestros ideales: la unión con Dios, el seguimiento de Cristo, la vida en gracia. En la medida en que nos ayuda a descubrir nuestras necesidades y a alimentar nuestros ideales, la Palabra se convierte en la mediación principal

para integrar nuestra vida. En las últimas décadas hemos descubierto que no se pueden poner al mismo nivel la Palabra de Dios y las prácticas devocionales que nos ha legado nuestra tradición religiosa. Las devociones pueden ser más o menos beneficiosas, pero la Palabra de Dios es un “lugar de encuentro” con Dios. Decía San Jerónimo que “ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”.

En este viaje de la superficialidad a la profundidad aprendemos a vivir de lo que fundamenta la vida y no sólo de las meras apariencias. De este modo, tendremos siempre raíces para permanecer estables en una sociedad que cambia continuamente y que puede llevarnos a una gran desorientación.

1.3. PATRIS MEI.

No hay transformación sin fuego. La espiritualidad no es tanto el resultado de un esfuerzo voluntarista por cambiar cuanto el fruto de una actitud de docilidad a la acción del Espíritu, que es quien nos va configurando con Cristo. La experiencia del fuego, en la simbología de la fragua, alude a la experiencia del amor de Dios, mediada maternalmente por el Corazón de María, al Espíritu que derrama en nosotros el don de la caridad.

El fuego calienta, purifica, cauteriza, ablanda, ilumina. El P. Claret se sirve a menudo de este símbolo para hablar del amor y del celo del misionero: “Hace el amor en el que predica la divina palabra como el fuego en un fusil. Si un hombre tirara una bala con los dedos, bien poca mella haría; pero, si esta misma bala la tira rempujada con el fuego de la pólvora, mata. Así es la divina palabra” (Aut 439). “El mismo Espíritu Santo, apareciéndose en figura de lenguas de fuego sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, nos da a conocer bien claramente esta verdad: que el misionero apostólico ha de tener el corazón y la lengua de fuego de caridad” (Aut 440).

Este núcleo expresa la relación de Claret con Dios Padre. Condensa la experiencia del amor de Dios que calienta el hierro frío y lo dispone para recibir la forma. Se trata de estar “en las cosas que miran al servicio de mi Padre” como Jesús en Lc 2, 49.

1.4. IDEARIO Nº 14. COMENTARIO de A. VIDALES, CMF.

14 *La conciencia de nuestra condición de criaturas, de nuestras limitaciones y de nuestra debilidad, nos hace humildes ante Dios. Sabiendo que nada podemos por nosotros mismos, ponemos en El nuestra esperanza y nuestra seguridad (cf Mt 6, 32-33; 2Cor 1, 3-4).*

El mandamiento nuevo de Jesús (Jn 13, 34) nos lleva a solidarizarnos y a compartir nuestros bienes con los que sufren la miseria y la injusticia y a ayudarles a salir de ellas mediante la promoción humana.

El sentido evangélico de pobreza nos impulsa a trabajar (cf 1Cor 4, 12), a administrar nuestros bienes con diligencia a usarlos con criterios de sencillez y de servicio generoso a los hermanos y a la obra de la evangelización.

Proclamamos con acción de gracias la bondad de todo lo creado y el carácter relativo de los bienes terrenos ante lo absoluto de Dios y de su Reino (cf Mt 6, 33). Rechazamos toda forma de apego a las riquezas, de consumismo y de ostentación como reñidas con el amor a Dios y la prójimo. Esta actitud nos permite crecer en libertad interior y estar disponibles para el seguimiento de Jesús y el servicio a los hermanos (cf. Lc 12, 33-34)

Este número del Ideario trata dos temas que forman parte de la vivencia radical del evangelio: la conciencia de nuestra pequeñez que nos lleva a poner la confianza en Dios y la relación con los bienes materiales; una relación que ha estar regida por la exigencia evangélica del compartir y de la solidaridad.

Lo que enlaza a ambos temas y los ha unido en un mismo número del Ideario es que ambos son expresión de la primera de las bienaventuranzas, ¡bienaventurados los pobres!” (Mt 5, 3; Lc 6,20), y el hecho de entender que un elemento importante de la pobreza evangélica es el desprendimiento de uno mismo y de los bienes materiales por la causa del Reino.

Como música de fondo de este número están sonando palabras de Jesús como estas: “Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo” (Mc 8,34); “No podéis servir a Dios y al dinero” (Lc 16,13); “Quien no renuncie a sus bienes, no puede ser discípulo mío” (Lc 14, 33).

1. Pobres ante Dios. La humildad de criaturas (14 a).

El primer párrafo del número 14 recoge el sentido más genuino de la bienaventuranza de la pobreza según la versión de Mateo. Ser “pobres en el espíritu”, sentirse pequeños y débiles ante Dios desde lo más hondo del ser humano, que los judíos identificaban con el espíritu. Y, consiguientemente, poner en Dios toda nuestra confianza.

La conciencia gozosa de nuestra condición de criaturas, es la forma más radical de pobreza, y la más difícil, pues siempre nos asalta la tentación de ser como Dios, que el Génesis atribuye ya a los primeros seres humanos. La pobreza creatural consiste en reconocer que todo lo hemos recibido de Dios: el ser, la vida, las cualidades que tenemos, en una palabra, todo. Es más, no sólo lo hemos recibido, sino que lo estamos recibiendo permanentemente de Dios.

Por la pobreza creatural el cristiano se siente pequeño, pobre, incapaz, siervo inútil, destierra de sí mismo toda pretensión de grandeza (Lc 17,10; Mt 20, 1-6) y, al mismo tiempo, se siente

fuerte con la fuerza de Aquel que todo lo puede (Flp. 4,13) y en cuyas manos ha puesto su persona y su vida.

La conciencia de ser criaturas, juntamente con la experiencia de “nuestras limitaciones y de nuestra debilidad” (14 a) nos lleva a la pobreza-humildad, que es una actitud fundamental del “pobre de Yahvé, cuyo prototipo es María que proclamó con gozo la bondad de Dios que “fijó los ojos en la pequeñez de su esclava” (Lc 1, 48).

La experiencia de nuestra debilidad y pequeñez hace surgir en nosotros uno de los sentimientos más característicos de los pobres de Yahvé: la confianza y la esperanza en Dios. Como dice el Ideario en este punto que estamos comentando, “sabiendo que nada podemos por nosotros mismos, ponemos en él nuestra esperanza y nuestra seguridad”.

2. Este número del Ideario habla de dos modos de practicar la solidaridad:

- a) Compartiendo nuestros bienes con los que sufren la miseria y la injusticia y
- b) ayudándoles a salir de ellas mediante la promoción humana (14b).

No hemos de entender aquí la promoción en sentido paternalista, porque entonces deja de serlo, sino en sentido liberador. En este caso, los protagonistas del proceso de liberación son los pobres y las víctimas de la injusticia. Nosotros participamos solidariamente apoyando su caminar y su proceso de liberación.

3. Apertura de nuestros bienes a los hermanos y a la evangelización.

El Ideario nos dice en este párrafo que estamos comentando que “el sentido evangélico de pobreza nos impulsa a trabajar, a administrar nuestros bienes con diligencia y a usarlos con criterios de sencillez y de servicio generoso a los hermanos y a la obra de la evangelización”. El Ideario presenta en el texto que acabamos de citar una serie de indicaciones y de líneas de acción que han de guiar el comportamiento de los seculares claretianos con respecto a los bienes materiales.

Son varios los puntos a resaltar:

- a) En primer lugar, hace una invitación a trabajar, pero no con el objetivo de enriquecerse y acumular, tan característico de los ricos, sino con la intención de sostenerse y de ayudar a los demás. La nota al pie de página remite a un texto de Hch 20 en el que Pablo exhorta a los representantes de la comunidad de Éfeso a trabajar para no ser carga para los demás y,

sobre todo, para poder compartir con los necesitados: “ustedes saben que trabajé con mis propias manos para conseguir lo necesario para mí y para mis compañeros. En todo les he enseñado que así es como se debe trabajar a fin de tener también para ayudar a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús que dijo: hay mayor felicidad en dar que en recibir” (Hch 20, 34-35).

- b) En segundo lugar, nos invita a “administrar nuestros bienes con diligencia”. Precisamente porque son bienes que pertenecen también a los pobres, hay que usarlos con discernimiento evangélico, sin malgastarlos alegremente a impulsos de la sociedad de consumo en que vivimos. Hay que hacerlos producir para bien de todos, especialmente de los pobres.
- c) Recomienda, en tercer lugar, la sencillez y la austeridad de vida. Muchos en los países ricos y algunos en los países pobres viven inmersos en la sociedad de consumo. Su afán de ganar, acumular y consumir no tiene límites. ¡Qué extraña debe sonarles, si es que alguna vez la oyen, la sentencia de Jesús!: “no andéis preocupados pensando qué vais a comer o a beber o qué vestido os vais a poner” (Mt 6, 25-26).

La sencillez y la austeridad de vida es un elemento esencial del seguimiento de Jesús y una exigencia de justicia y de amor a los demás. No cabe duda, mientras unos nadan en la abundancia otros se ahogan en la miseria; mientras unos viven rodeados de cosas superfluas, otros carecen de lo indispensable. Para el seguidor de Jesús la sencillez y la austeridad deben ser un estilo de vida, una alternativa evangélica al estilo de vida consumista.

- d) Finalmente, habla de poner nuestros bienes al servicio de la evangelización; sugerencia que está muy en sintonía con nuestro carisma. Si somos misioneros, no sólo nuestra persona, todos nuestros bienes tienen que estar abiertos a las exigencias de la misión.

4. No Dejarnos poseer por los bienes que tenemos.

La opción por Cristo y por el Reino, valores absolutos a cuyo servicio debemos estar nosotros con todo lo que somos y tenemos, nos lleva a no permitir que las riquezas, sean muchas o pocas, se adueñen de nosotros y se conviertan en el valor supremo que oriente nuestra vida y que centralice nuestros esfuerzos y preocupaciones. Sólo así estaremos libres para seguir a Jesús y para continuar hoy su misión en el mundo.

Sólo cuando las riquezas no sean el ídolo y el móvil principal de nuestra vida, estaremos disponibles para el servicio a los hermanos, no sólo con nuestros bienes, sino con nuestro tiempo y con nuestra persona.

El desapego de las riquezas nos permite gozar de una gran libertad interior y estar siempre disponibles para el servicio del Reino de Dios. Por eso el Ideario declara con solemnidad que “rechazamos toda forma de apego a las riquezas, de consumismo y de ostentación como reñidas con el amor a Dios y al prójimo. Esta actitud nos permite crecer en libertad interior y estar más disponibles para el seguimiento de Jesús y el servicio a los hermanos (14d).

La expresión “rechazamos toda forma de apego” es bien radical. No admite componendas espiritualistas, no se refiere a un desprendimiento espiritual, sino real y efectivo. Se refiere a compartir, a no acumular, porque es difícil poseer sin ser poseídos por los bienes que retenemos. El anhelo de poseer se apodera de nuestra mente y nos tiene permanentemente esclavizados.

II. Tiempo personal oración y reflexión.

La Palabra de Dios es la fuente primaria de nuestra espiritualidad.

(Ideario del Secular Claretiano nº 37)

Busca en tu Biblia Lc 2, 41-52 y antes de comenzar a leer contempla el “Libro” abierto tomando conciencia de que es Dios quien te habla. Es Él quien quiere dialogar contigo.

Lc 2, 41-52.

Para la fiesta de Pascua iban sus padres todos los años a Jerusalén. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según costumbre. Al terminar ésta, mientras ellos se volvían, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo supieran. Pensando que iba en la caravana, hicieron un día de camino y se pusieron a buscarlo entre los parientes y los conocidos. Al no encontrarlo, regresaron a buscarlo a Jerusalén. Luego de tres días lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que lo oían estaban maravillados ante su inteligencia y sus respuestas. Al verlo, se quedaron desconcertados, y su madre le dijo:

—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados. Él replicó:

— *¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo estar en los asuntos de mi Padre?*

Después reflexionas con aquellas de estas preguntas que creas más te puedan ayudar:

- 1. Repasa tu historia personal y examina si algún acontecimiento o alguna experiencia fuerte influyó positiva y/o negativamente en la imagen que tienes de Dios.**
- 2. ¿Detecto en mí alguna experiencia de mal, de pecado, de herida que todavía no ha sido reconciliada, perdonada?**
- 3. ¿Qué tango que incrementar para que Dios Padre sea el único Absoluto en quien descanso? ¿En qué aspectos de mi vida sigo buscando apoyos postizos para sentirte más cómodo?**
- 4. ¿Percibo alguna llamada a cambiar mi estilo de vida en algún aspecto concreto?**

III. Puesta en común de la reflexión y del tiempo personal de oración.

IV. Conclusión con canon y oración final.

Canon:

*Tendré para con Dios
Corazón de hijo,
Para conmigo mismo, corazón de juez
Y para con el prójimo,
Corazón de Madre (Bis).*

Preces:

Pidamos unidos al Espíritu Santo, a Cristo, a María y al P. Claret que seamos ayudados a llevar adelante con fidelidad y aprovechamiento el proyecto de La Fragua en la vida cotidiana.

-Para que la Fragua nos impulse a buscar la gloria de Dios y la salvación de todo ser humano, orando, trabajando y sufriendo. Roguemos al Señor.

-Para que el Espíritu Santo mantenga y reavive el fuego de nuestra vocación seglar a través de este proceso continuo de

profundización hasta configurarnos con Cristo. Roguemos al Señor.

-Para que la misión que se nos encomienda nazca de una experiencia de amor de Dios, se nutra asiduamente con la Palabra y la Eucaristía, se exprese en la alabanza y se irradie en el mundo bajo el signo de la misericordia y de la cercanía, sobre todo hacia los empobrecidos y excluidos. Roguemos al Señor.

-Para que, en este camino formativo que comenzamos, no sucumbamos ante el cansancio, la desgana, la desesperanza o el desánimo sino que seamos estimulados por la oración, la lectura orante de la Palabra, el estudio y el dinamismo espiritual de la liturgia. Roguemos al Señor.

- Para que, encendidos en la oración como Claret, purifiquemos nuestras motivaciones apostólicas y orientemos todo lo que somos y hacemos a la escucha y al servicio de la Palabra de Dios. Roguemos al Señor.

(Se añaden otras preces espontáneas...)

El Señor que nos alimenta y nos robustece siempre con el pan de la Palabra y con el pan de la Eucaristía, compartidos asiduamente, nos invita a orar juntos:

Oración:

Padre, de Ti hemos recibido la gracia de la vocación seglar claretiana.

Hemos sido llamados por Ti, somos llamados por Ti cada día, a ser servidores de la Palabra entre nuestros hermanos.

Queremos vivir desde las raíces tu don y tu llamada, porque sabemos que éste es el camino de la felicidad. Por eso te pedimos que nos ayudes a descubrir juntos lo que Tú nos ofreces y lo que quieres de nosotros.

Concédenos la capacidad de superar los obstáculos que nos impiden una respuesta generosa.

Visítanos con tu alegría para que no desfallezcamos a lo largo del camino.

Caldéanos en la fragua de tu amor hasta que lleguemos a configurarnos con tu Hijo Jesucristo, cuyo amor nos urge a todos al anuncio del evangelio.

Amén.